



De las tinieblas a la luz

El minutero de mi reloj sobrepasaba en dos minutos las diez de la mañana cuando golpeé tres veces la puerta cuya placa no dejaba lugar a dudas:

D. Fernando Antúnez
Catedrático de Obstetricia y Ginecología

Su voz, inconfundible, atravesó la barrera sin dificultad.

—Pase, doctora Morales —ordenó como si adivinara mi presencia.

Hice girar el pomo de la puerta y avancé con una resolución un tanto forzada.

Se puso en pie. Unas breves palabras de saludo y una sonrisa acogedora y franca por su parte, acabaron con mis recelos. Con un gesto me invitó a sentarme, a la vez que él hacía lo propio. Enseguida se dispuso a poner en orden los muchos papeles que cubrían su mesa, tiempo que aproveché para lanzar una mirada rápida a mi alrededor.

El despacho era amplio, con un gran ventanal orientado al este. Las cristaleras dejaban paso a los rayos de sol que habían logrado atravesar las hojas de la enorme acacia situada a pocos metros. Las cortinas, descorridas, no suponían un tamiz en su camino, y las oscilaciones de luz producidas por la brisa jugaban libremente en la tarima, en las paredes enyesadas, entre las estanterías que albergaban cientos de tratados, enciclopedias y diccionarios colocados con meticulosidad.

Destacaban en el conjunto la mesa y el sillón de madera tallada que ocupaba el Profesor, situados en el ángulo izquierdo; pero pronto fueron eclipsados por aquel extraño cuadro. La policromía de su marco contrastaba con el tenebrismo de la escena que representaba: un joven vestido con una túnica, que llevaba una lira en la mano, era conducido en una barca por un personaje misterioso.

—¿Conoce el mito de Orfeo y Eurídice? —preguntó el Profesor sacándome de mi contemplación—. Fue un músico griego que logró llegar a las profundidades infernales para suplicar al poderoso Plutón, dios de las tinieblas, que le devolviera a su amada Eurídice al mundo de los vivos, muerta apenas unos meses después de sus bodas.

Se había levantado y señalaba al barquero.

—Y éste es Caronte —continuó diciendo sin dejar de mirar la escena—, el barquero que conduce las almas de los difuntos del reino de la luz al reino de las tinieblas, separados por la laguna Estigia.

—¿Logró Orfeo su propósito? —pregunté.

—No; caminó durante largo tiempo por el mundo de las tinieblas seguido de Eurídice, pero antes de atra-

vesar la laguna Estigia, quiso comprobar que su amada lo seguía, en contra de lo que había prometido a Plutón, y al volver la cabeza vio cómo la bella Eurídice se convertía en una columna de humo. Mientras yo miraba impresionada la escena, añadió:

—Usted en su tarea de anestesista será como Caronte; tendrá que transportar a muchos pasajeros a través de la laguna Estigia.

Sus palabras me inquietaron y no supe qué responder.

—No se preocupe —añadió—; su barca conducirá a miles de pasajeros al mundo de las tinieblas, pero después serán devueltos por usted misma al mundo de la luz.

En aquel momento se hizo también la luz en mi cerebro y supe a dónde quería conducirme con su alegría. Suspiré aliviada y forcé una sonrisa.

—Me ha quitado de encima un gran peso —dije con la intención de restar dramatismo a una conversación cuyos derroteros empezaban a desconcertarme.

Volvió a sentarse en su sillón de roble tallado con incrustaciones de marfil, me miró fijamente a los ojos y disparó sobre mí una pregunta directa.

—¿Quiere trabajar en mi equipo, Andrea?

Mantuve su mirada y me concedí unos segundos antes de responder.

—Su ofrecimiento es para mí un motivo de orgullo, pero me temo que mi inexperiencia no me va a permitir estar a la altura que corresponde.

—Para mí también hubo un primer niño que traer al mundo y una primera histerectomía. Alguien confió en mí y ahora yo confío en usted.

Nos quedamos callados unos instantes. ¿Cuántos años habrían transcurrido desde entonces? No podía precisarlo. Me imponía su voz grave, su corpulencia —en aquel momento prefería verlo sentado—. En instantáneas breves, me aventuraba a observar sus cejas pobladas, que caían sobre unos ojos azules intensos a los que se asomaba una inteligencia preclara y una fuerte personalidad; su nariz recta, casi romana, cuyo nacimiento formaba un único plano con el hueso frontal. Su pelo oscuro, un tanto largo y bien cuidado, en el que empezaban a lucir algunas canas. Su elegante barba que, para no desentonar, se iba tornando gris; su boca, de dientes grandes y bien alineados. Y por encima de todo, sus manos hábiles, diestras, de dedos largos, admiradas y admirables; esas manos cuyas proezas podían estar al alcance de mis ojos. Lo tenía cerca y no podía calcular su edad. Quizá sobrepasara los cuarenta y cinco años... O tal vez no habría cumplido los cuarenta.

Sin darme cuenta me sorprendió mi propia voz. —Sí, Profesor. Acepto. Dígame cuándo tengo que empezar.

CONTINÚA —>

Volvió a ponerse en pie, alargó su mano, yo acerqué la mía levantándome también, y un fuerte apretón selló la que iba a ser una relación de muchos años.

Con voz paternal, como si de nuevo fuésemos profesor y alumna, concluyó:

—Conozco su fortaleza y su capacidad de trabajo, pero también conozco su corazón. Su tarea no va a ser fácil. Muchas veces, tendrá que arrebatar de la otra orilla a quienes se empeñan en no volver. Llegarán casi todos; sólo unos pocos se quedarán en el camino. Conduzca con destreza la barca, y nunca se culpabilice si alguien se pierde en la travesía. Cuando esto suceda, no mire hacia atrás como Orfeo, ni se eche al monte a llorar. Piense que muchas Eurídicés la esperan. —Su voz se hacía más solemne—. Cada pasajero tiene detrás de su historial clínico una historia personal, un lado humano en el que es peligroso hurgar. Reserve su corazón. No lo comprometa. Los viajeros van y vienen, pero a usted,

doctora Morales, han de encontrarla siempre entera para facilitarles la travesía.

Lo había escuchado con sobrecogimiento, casi con devoción. No quise que se tradujera el peso que sus palabras producían en mi ánimo. Me sobrepuse, a duras penas, y sonriendo respondí:

—Para ello me he preparado, profesor Antúnez. Estoy dispuesta. Ayúdeme a lograrlo.

—Cuenta con ello, Andrea.

Cogió un papel en el que escribié deprisa la dirección de la clínica, lo puso en mi mano y empujando levemente mi hombro me acompañó hasta la puerta.

Consolación González Rico

(Fragmento de su novela *Esclavos de un motivo*, clasificada entre las diez finalistas de Premio Planeta. Editorial Autores Premiados 2013)

Oretana

Un vistazo por internet